

No era tarea fácil y menos en una tierra donde, como bien dijo en uno de sus ensayos menos frecuentados, saber qué es creer es más difícil que en otras partes más sosegadas. «¿Qué es creer?», se pregunta Caro Baroja, y su respuesta es de las que no hubiese desdeñado Montaigne para las vigas de su torre: «—Hay que creer. Sí. Hay que creer; pero acaso no creer poco, sino como si se creyera poco. Creer para uno. No creer para actuar de modo descompasado y poniendo a los demás en entredichos sucesivos. Crea, pero no moleste.»

Una tierra en la que la disidencia es difícil. La disidencia es difícil siempre. Donde lo fácil, como ya ha señalado Caro Baroja en varias ocasiones, es que a uno le tachen de hereje y le arrimen a la pira que esté de turno o le echen de la tribu. O conmigo o contra mí, parece ser la divisa. No gusta el matiz, la disidencia, el camino individual. Se admira, eso sí, pero mientras no moleste, mientras sea en el terreno de juego de la tribu. Pensar es un asunto colectivo, parecen decir y se quedan tan panchos. Con la interpretación de la historia sucede lo mismo.

Habría que saber cómo es el País Vasco, cómo Navarra, cómo esa Navarra clerical, intolerante, pacata hasta la caricatura, patria del integrismo ideológico, donde la clericala montaraz se echaba al monte por un quitame esas pajas. Don Julio conocerá sin duda esa estampa de la tercera guerra carlista, una de esas que todavía aparecen en los comercios de la rue de Seine de París, la que frecuentaba don Pío en la misma pesquisa, donde se ve a un cura carlista y navarro detrás de una peña empuñando un pistolón.

Habría que oírle en un momento en que tal vez casi todo fue posible, dar la vuelta, advertir, sólo advertir que se avecinaba un totalitarismo peligroso, que los derechos individuales corrían peligro de verse seriamente quebrantados. Al tiempo que escribo estas líneas, en las proximidades de la casa de Itzea, un festejo en apoyo de la lengua vasca, de la *lingua navarrorum*, la lengua de Axular y de Arnaldo d'Oienart, acaba con un centenar de heridos. Provocadores, no provocadores, los de siempre, los otros, galgos, podencos... la herida que no sutura. Porque de cerrarse se cerraría también buena parte de la barraca: cese de negocio. Para mantener la lucidez en una tierra así hay que proponérselo, hay que bregar, no hay que dejarse empujar. No es algo natural. Si uno se deja llevar, por unos o por otros, acaba en el monte, a la greña, cazando brujas. Si uno se deja, acaba dejándose llevar por las leyes de la horda, ni siquiera por las palabras de la tribu. Si uno se deja, aparece al fondo una de las pinturas negras de Goya más sobrecogedoras: *Riña a garrotazos*. Y el camino mostrado por Caro Baroja es individual, estrictamente individual, como la verdadera aventura intelectual, solitaria, independiente, pacífica, libre.

Quien se mete en un camino de ese tipo sabe que corre el riesgo, cuando menos, de la incomprensión. No es un mal riesgo. Los hay peores. Pero hay que correrlo, correr el riesgo del aislamiento, de tener la sensación de dedicarse al soliloquio, aunque después nuestras palabras, nuestras palabras de tono menor, las de nuestra pequeña verdad, encuentren el eco que se merecen. Siempre.

Y ese tener que pensar a golpe de campana y a la vez de ir por libre, de coger con facilidad el camino del oscuro valer más de Lope de Aguirre, es una contradicción curiosa. En esta tierra pasamos por ser individualistas, pero nos gusta la bandería y el arrimo de la tribu, y nos «ayuntamos en bandos» en cuanto podemos. Don Julio Caro Baroja también ha estudiado las banderías del siglo XIV y XV.

Cuando tocan a darle vueltas a la intocable martingala del progreso y a la riqueza colectiva y a los puestos de trabajo, no hay quien rechiste, porque eso es casi, casi dogma de fe. Ahí el descreimiento de alguien que duda, como ha dudado Caro Baroja, molesta, se hace enojoso, y se dice: «es un anacrónico» o algo peor, «es un decimonónico», como si ese siglo reuniera todas las lacras de las que hemos escapado de milagro. Luego, cuando vamos viendo las mismas fábricas, los mismos monumentos del progreso y la riqueza cerrados, y nuestros entornos cada vez más destruidos, nadie dice nada. Entonces vienen o bien las elegías o bien las burlas.

Mantener la independencia de criterio, de vida y de pensamiento en un medio así es difícil, no es práctico, no es astuto, no es buen negocio.

Y luego está el humor. Hay veces en que yo veo a don Julio Caro Baroja como un humorista, un hombre de fino humor. Repaso sus dibujos, las reproducciones, me asomo a esa galería de personajes barojianos y carobarojianos, releo sus vidas poco paralelas y desaparezco con sus trasgos, sus inventos y sus humoradas. Tienen un cielo claro, de rara canción de gesta. El suyo es un humor de una gran finura intelectual, es un humor vagabundo, es el humor del que sabe ver las cosas con los ojos entrecerrados.

Erudito, estudioso, hombre de despacho (yo, desde luego, no veo a don Julio subido a un barril pegando voces), cierto, pero una demostración andante de que el tópico de la torre de marfil en la que (según caricatura) se encierran los intelectuales no es más que eso, un tópico. Don Julio Caro Baroja, parapetado detrás de su prestigio intelectual, podría muy bien haberse mantenido al margen de las cuestiones más fundamentales de su tiempo. Lo cierto es que hay cientos de páginas de Julio Caro Baroja con opiniones contundentes sobre las materias más diversas: urbanismo, política, vida cotidiana, costumbres (esa faceta de Caro Baroja que le acerca a los moralistas de la estirpe de un Charron, por ejemplo, a cuya *De la Sagesse* don Pío Baroja manifestó aprecio), usos sociales, modas, degradación imparable

del entorno, de nuestro entorno, de nuestros patrimonios culturales, arquitectónicos, naturales... Opiniones todas comprometidas, verdades como puños, denuncias eficaces, toda una muralla china contra una época arrasadora que tengo para mí va algo más lejos que el mero testimonio...

Y esto me recuerda una frase de un moralista francés que se emplea un poco a tontas y a locas: un par de horas de buena lectura arreglan casi todos los males. Frase rotunda y excesiva, porque la literatura no nos salva de casi nada, son grandes palabras, formas de hablar, convenciones. En todo caso nos ayuda a pasar el rato, una suerte de bálsamo. Y en esto, en esta especie de Triaca A civil, los textos de Caro Baroja son excelentes, buenos para tiempos de borrasca, buenos para épocas ininteligibles, eficaces conjuros contra la barbarie.

Y menuda época. «Ya no hay valores», dice el mangante antes de disponerse a alguna fechoría financiera o política basada en ese desprecio del prójimo. Para otros, grandes tartufos de los malos tiempos, no hay valores porque la gente ha cogido la funesta manía de pensar por su cuenta, cuando lo hace, o de no hacerlo, ni mucho ni poco, claro, y no acude al toque del cornetín ni al fuego de la campana. Para otros, para el tiburón de las finanzas que entra en el bar de la tribu al grito de: «¡Me acabo de enterar de que el bien y el mal no existen!», no hay más valores que los del mercado de ídem. Y a éste le siguen los que han encontrado de buen tono en estos años andar a vueltas con el «tanto tienes, tanto vales, lo demás es literatura». «Eso —contestaría gustoso—, me lo está usted poniendo muy fácil, literatura y de la buena». Y en esa época, en esta, en la que nos toca, es cuando de una manera poco teatral, poco efectista, ha hecho oír su voz Caro Baroja. No estaba el ambiente para aguafiestas. No estaba el ambiente para disidencias. La autocrítica y el examen de conciencia y otra serie de cuestiones han gozado de mala prensa, han sido valores de emboscado, de pura resistencia. Sería injusto y un error pensar que toda nuestra sociedad es catastrófica, cutre y robaperas; pero no ha habido mucho tiempo para florituras.

Caro Baroja moralista, sea; pero no un cínico. Ni siquiera, a veces, un falso *homme d'esprit*, que esconde una cierta esterilidad en la paradoja de un *bon mot*. El cinismo me parece cosa de gente acabada. Y don Julio esconde, tal vez por pudor, una suerte de entusiasmo por el trabajo, por la vida, por las cosas que la enaltecen. Cascarrabias, dicen, bueno, y qué... pero qué fácil resulta rastrear en esa ingente masa de obra escrita la pasión por el trabajo, contagiosa, demonio, contagiosa. De acuerdo, la vida no es como él desearía que fuese; pero no la desbarata. A don Julio la realidad le hiere y le zahiere y le preocupa más de lo que cabría suponer en un hombre al margen de todo y de todos. Itzea o su casa de Madrid

son un buen mirador, un privilegiado mirador, pero nunca han sido, creo yo, una torre cerrada. Casa fuerte, sí, pero abierta. Y el suyo, un trato cuidado, afable, del hombre que no gusta de hacer daño. Buena lección esta para emboscados, buena lección para misántropos.

Esa búsqueda de la verdad, de la mentira casi sería mejor decir, empecinada, es también una búsqueda a contrapelo. No es común. No gusta que alguien enrede y zahiera y esto y lo otro. Y cuando hablo de este asunto no pienso ni en los estudiosos ni en los eruditos, no pienso en quienes la obra de Julio Caro Baroja es casi, casi un camino trillado, algo conocido y disfrutado, pienso casi, casi en quien tarde o temprano va a descubrir *Los Baroja* o se va a topar con una de esas deliciosas entrevistas (el más que recomendable *Disquisiciones antropológicas*); pienso en alguien que viene detrás de nosotros, que se va a encontrar, que se está ya encontrando con un mundo bastante devastado y trasteando en los anaqueles de la biblioteca va a dar con la obra de don Julio. Pienso en cómo se transmite esa pesquisa del lugar común, de los prejuicios, de las ideas recibidas, de las necedades dañinas.

Mundo rancio. Tengo para mí que ese mundo rancio que se presupone en Caro Baroja es de una modernidad absoluta, ese mundo rancio es el de la independencia, el riesgo, o el gaje del oficio de la soledad, del que sabe que sin soledad, sin recogimiento, no hay creación posible. Esto lo dice Picasso y la gente dice «Caray qué tío, cómo piensa». Lo dices tú y te abuchean. Y llevan razón. Quién te manda decir enormidades de esas. Así las cosas, el artista se larga por el fondo del cuadro, en el que queda, bajo un día claro, el valor del trabajo frente al del pelotazo, el valor de la memoria frente al del olvido cómplice por voluntario, el valor del respeto de uno mismo; frente a las relaciones interesadas de negocios; el valor de la amistad, el de la lealtad, a los propios sueños, a los propios empeños, a los propios sentimientos; frente a la disgregación de la personalidad, la búsqueda del centro de uno mismo... y todo esto tiene cabida en la dilatada obra de Julio Caro Baroja, quien pensó, humildemente, que tal vez lo suyo sólo eran soliloquios y a quien hoy, doce años después de haberle dedicado un primer artículo, tímido, todo hay que decirlo, hoy sí le digo con el mismo respeto e idéntica admiración: «Muchas gracias, don Julio, y larga vida».

Miguel Sánchez Ostiz

